

Del suicidio en España. I. 24

3-563 1

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), ~~30~~ julio 1913).



# DEL SUICIDIO EN ESPAÑA

(Para LA NACION)

## I

SALAMANCA, junio de 1913.

Tengo a la vista un volumen titulado «Estadística del suicidio en España—Sexenio de 1906-1911», que acaba de publicar la dirección general de nuestro instituto geográfico y estadístico. En las más de 320 páginas de que consta, todas ellas compuestas de columnas de cifras, ¡cuántas enseñanzas! Muchas de las cuales se recogen en las LXXXVI páginas de su «Preámbulo».

No es cosa de que nos pongamos a disertar aquí, en abstracto, sobre lo que se podría llamar la ciencia del suicidio, su estudio estadístico o matemático, considerando a los pobres suicidas como meras cifras. Dudo que haya en esta nuestra pobre vida humana un contraste más trágico que el que nos presenta la confrontación de uno cualquiera de los apasionados alegatos en pro o en contra del suicidio—y en pro de él, dado que pueda haberlos más intensos que los del enorme «Oberassener», la obra, a mi sentir, más profunda en sentimiento que ha producido la literatura francesa—su confrontación, digo, con esas fórmulas matemáticas para determinar el aumento medio anual geométrico del suicidio. Después de haber leído aquellas desgarradora; reflexiones encontrarse con un

$$z = 100 \left[ \sqrt[n]{\frac{a'}{a}} - 1 \right] \cdot 1$$

Lo mejor va a ser ir presentando al lector algunas conclusiones que se deducen del estudio estadístico del suicidio en España desde 1906 a 1911, y en el orden mismo en que el preámbulo los presenta. Debiendo advertir todo lo imperfecto que hasta hoy hay en los estudios estadísticos en España.

Y primero la influencia del sexo. Por término medio general se suicidan tres o cuatro hombres por cada mujer que lo haga, excepto en el Japón, en que es mayor aún el número de mujeres que el de hombres suicidas, lo que habla muy poco en favor de la tan cacareada civilización de ese pueblo. En España, en el sexenio a que venimos refiriéndonos hubo 74 hombres y 26 mujeres por cada 100 suicidas. En la obra tan conocida de Morselli atribuye a España un 28'8 o/o de mujeres suicidas, porcentaje mayor que el de otros países europeos, atribuyéndolo a una supuesta fortaleza de carácter en la mujer española; mas como quiera que los datos de Morselli son tan sólo los del año 1859, no hay que ver en ello sino la tendencia a buscar explicaciones, más o menos caprichosas, de suposiciones de hecho mal cimentadas. Es la manía generalizada de los estadísticos.

Donde menos mujeres se han suicidado, con relación a los hombres, en España en

man >

J.C. Tomo IX

Lu



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO:USALES



ese sexenio ha sido en el noroeste, en las provincias gallegas, en León, en Asturias, en Zamora. Conviene no olvidar que en Galicia hay muchas más mujeres que hombres en el campo debido a la emigración. Y es curioso notar que es en Madrid donde el suicidio femenino alcanza mayor proporción respecto al masculino.

**Influencia del estado civil.** El que haya unos 127 suicidas casados por cada 100 solteros ha hecho inducir a los generalizadores a todo trance que el matrimonio predispone al suicidio, sin advertir que en esos 100 solteros entran los de todas edades, incluso los menores de 15 años. Es como las cifras de analfabetos que se sueñen dar en España, incluyendo hasta a los niños recién nacidos. Y ni aun así es cierta la cifra de analfabetismo que por ahí corre, no sin regocijo de españoles. Nuestro Instituto geográfico y estadístico ha procurado calcular esos solteros menores de 15 años y excluyéndolos ha inducido que por cada 100 casos de hombres, mayores de 15 años, la tendencia al suicidio es más acentuada en los solteros que en los casados y más en éstos que en los viudos, según las cifras 44, 29 y 17, y que por cada varón soltero contribuyen al suicidio 2.54 viudos y 0.85 casados. Habría que saber de entre estos casados cuántos tienen hijos y cuántos no. Y lo que parece resultar de las estadísticas generales es la perniciosa influencia de los estados de celibato y de viudez y la ventajosa del matrimonio para apegarle a uno a la vida. Como que el suicidio y la despoblación sistemática de que otro día aquí os hablé han de tener muy comunes raíces.

El Instituto dice también algo respecto a la influencia de la paternidad, aunque careciendo de elementos de cálculo, mas parece poderse deducir que existe una más débil tendencia al suicidio en la mujer con hijos que en la que carece de ellos, comparada con análoga tendencia en los varones, es decir que la madre está menos propensa a suicidarse que el padre.

Los trabajos de Bertillon, confirmados por los de Durkheim, en Francia, tienden a demostrar que la paternidad defiende del suicidio y tanto más cuanto es más densa la familia. Lo que se comprende muy bien. El repugnante apego a una cierta aparente y engañosa mayor comodidad de vida, el egoísmo que nos lleva a algunos a limitar el número de sus hijos es algo tendente al suicidio. Se suicidan sobre todo los que sienten ese carnal apego a la vida que pasa y ese cobardo horror a las responsabilidades y los trabajos. Y nada aparta más del suicidio que el culto al dolor y al trabajo.

**Influencia de la edad.** No da esta rúbrica resultados de interés. Sólo que la tendencia al suicidio aumenta con la edad y de modo notable a partir de los 39 años.

Es muy difícil estudiar la influencia de la profesión en el suicidio, porque es muy difícil una estadística por profesiones, y más donde hay muchos que apenas la tienen o la tienen muy indeterminada. Pero parece resultar que se matan más aquellos que os de suponer encuentran mayores facilidades para la vida, como son los comerciantes e industriales, y menos los que más encarnizadamente luchan por la vida. Pero hay que tener en cuenta que difícil-





mente se suicida un mendigo de nacimiento y que nada tiene que perder, y con facilidad un rico negociante que se arruina de pronto en un mal negocio.

Son las oscilaciones de la fortuna, y no el que ésta sea mayor o menor lo que mueve al suicidio. La fiebre de los negocios es principalísima causa de suicidios.

Se ha notado que el ejército rinde un muy subido tributo al suicidio, en toda Europa, y que es este un mal crónico y muy grave. Lo cual, por supuesto, no ha servido para que se corrija la absurda disciplina militar, una disciplina suicida también. En España no parece que este mal del suicidio militar se presente tan grave como en otras partes, acaso por tener el sustitutivo de la deserción, que es aquí enormísima. Los coeficientes más bajos de suicidio militar corresponden a los años 1909 y 1910, esto es, «al período de tiempo—dice el instituto—donde las penalidades y sufrimientos propios de una campaña tan dura como la de Melilla, hubiera tal vez justificado un recrudescimiento del mismo». No, cuando va uno a juzgarse la vida frente al enemigo, piensa poco en quitársela. Tal vez en que se la quiten. ¡Y cuántas muertes en campaña no son, en el fondo, verdaderos suicidios! Así como también en tiempo de guerras largas y enconadas disminuyen los homicidios ordinarios. García Jalón, el capitán de cuyos crímenes tanto se habla ahora, hizo poco menos que de héroe en Cuba. ¡Dios nos libre de los héroes en tiempo de paz!

El «Militar Wochenblatt», de Berlín, publicó en 1904 una estadística de los suicidios en el ejército, y resulta que su proporción es mayor en Austria (125,3 por 100.000), luego Alemania 63,3, sigue Italia con 40,7, Francia con 33,3, Bélgica con 22,4, Inglaterra con 20,9 y España con 16,1.

Conviene no olvidar que en España no se ha implantado el servicio militar obligatorio para todos hasta este año. Y es dato interesantísimo el de que en general el coeficiente de agravación militar en el suicidio es tanto más elevado cuanto menor es la proporción de suicidios en la población civil e inversamente. Las causas del suicidio militar son, pues, no sólo diferentes, sino en razón inversa de las que contribuyen a determinar los suicidios civiles. En el «Preámbulo» del volumen de que tomo estos datos se indican las razones que han aducido para explicar ese fenómeno y se hace notar que no es la rudeza de la vida militar, pues no son los bisoños, sino los veteranos los que más se suicidan. De todo lo que sobre esto he leído, creo deducir que si la milicia impulsa tanto al suicidio, es por ser una profesión singularmente hastiosa. En ninguna otra es más terrible la rutina. La vida de cuartel en tiempo de paz es para aburrir a cualquiera y hacerle cobrar tedio de la vida, su monotonía desesperante. Es para los pobres reclutas una escuela de ociosidad desesperadora. Es casi tan tediosa como la vida de cárcel. Sus trabajos no son trabajos. «El soldado se suicida—dice el «Preámbulo»—muchas veces por la menor contradicción o por las razones más fútiles; por la negación de un permiso, por una represión, por un puntillo de honor, por un acceso de celos pasajero y muchas veces por espíritu de imitación; de aquí provie-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



nen estos fenómenos de contagio que frecuentemente se han observado en los ejércitos». Y todo ello, aunque no lo digan ahí, no puede ser sino hijo de la terrible ociosidad de los cuarteles y del tedio que ella engendra. Un guerrero en tiempo de paz tiene que aburrirse. Y con el suicidio azota otra plaga a los ejércitos, y es la del juego.

El «Preámbulo» trae luego unas consideraciones sobre las causas determinantes del suicidio, empezando por sentar lo grande que es la dificultad de fijarlas, y confesando desconocerse las causas de la quinta parte de los suicidios ocurridos en España desde 1906 a 1911. Las enfermedades ocupan el primer lugar, como en general y en todos los países ocurre. Los más de los que se suicidan es por huir del dolor y por no saber esperar a la muerte. Yo creo—y pueden tomármelo a paradoja los papanatas—que muchos se matan por miedo a morir. Los tragos amargos apurarlos cuanto antes.

La enfermedad figura con la cifra 348,34, que representa el reparto de los suicidios entre 8836 registrados en ese período. Sigue el disgusto de la vida con 72,43. Esto de disgusto de la vida, «taedium vitae», si no es otra enfermedad más, no sé que pueda ser. El disgusto de la vida, o es algo teórico, algo filosófico, una doctrina pesimista, como las de Leopardi, Schopenhauer, Hartmann, etc., o es algo práctico y más bien fisiológico. Pero el pesimismo teórico o filosófico rara vez conduce al suicidio, antes más bien al apego a la vida. Sabido es el grandísimo apego que a ella tenía Schopenhauer y cómo huyó del cólera. Cierta es que Antero de Quental se suicidó, pero Antero era un portugués, y en la raza portuguesa, muy poco y más bien casi nada metafísica, las doctrinas son sentidas más que pensadas, fraguadas con carne y sangre y lágrimas. Mi amigo Larangeira, de quien alguna vez os he hablado dándoos a conocer alguna de las cartas que me escribió (y entre paréntesis, va a publicarse su «Epistolario») se suicidó a raíz de la publicación de su libro: «Commigo». («Versos d'un solitario»), pero no fué precisamente disgusto de la vida sino enfermedad lo que le llevó al suicidio. Estaba herido de muerte y de muerte por consunción y próxima y lo sabía muy bien él, que era médico. Es decir, que el disgusto de la vida, aquel tedio desesperado que en sus desgarradoras poesías y en sus cartas, más terribles aun, se revela, procedía en él de enfermedad. Unida a soltería y a falta de fe religiosa positiva.

Al disgusto de la vida siguen como causa los disgustos domésticos, con 63,72. También esto es muy vago y poco concreto. ¿Qué es eso de disgustos domésticos?

Sigue la miseria con 48,44 y en esto de la miseria debe de entrar mucho de lo de disgustos domésticos. Porque los más de estos disgustos arrancan de la miseria encubierta, de dificultades económicas. Sigue reveses de fortuna con 44,74 y aquí tengo que repetir aquello de que es más fácil que se suicide un rico mercader que quiebra, aunque le quede para vivir, que un mendigo de nacimiento.





Viene luego el amor contrariado con 43.23; pero yo me permito sospechar, y siento desilusionar con esto a los jóvenes románticos que creen que hay quien muere de amor, que los más de los que se matan o dicen matarse por contrariedades amorosas se habrían matado por otro pretexto cualquiera. Son suicidas matos, es decir, padecen la enfermedad o manía del suicidio. Uno de los más grandes suicidas, portugués, por supuesto! Camilo Castello Branco, al decirnos cómo Petrarca tuvo la insolencia de vivir todavía veintiséis años después de muerta Laura, agrega: «de hambre han muerto algunos hacedores de sonetos; de amor, no me consta».

Sigue la embriaguez con 27.61, y esto, debo confesarlo, me ha sorprendido. Cref que el vino, que es triste, muy triste, aunque la leyenda diga lo contrario, mataba más gente. Pero me explico la cosa, primero porque en España hay muy poco alcoholismo y además porque embriaguez no es alcoholismo. Y sospecho que muchos, pero muchos de los suicidas cuya muerte se atribuye a otras causas, se hayan suicidado, en rigor, por alcoholismo aunque al hacerlo no estuviesen lo que se llama borrachos.

Tengo la aprensión de que muchos de los que aparecen suicidándose por enfermedades, por disgusto de la vida, por disgustos domésticos, hasta por amor contrariado y por otras causas, no eran sino alcohólicos. Lo que hay es que el alcoholismo se vela y cela y se disfraza tanto! Y lo repito, el vino es triste, muy triste. Empieza calentando, pero es para enfriar.

El temor a condena figura con la cifra 14.26, el falso honor con 6.34, la pérdida de empleo con 5.77, los celos con 5.66 y el disgusto del servicio militar con 2.15, y es la última rúbrica. De lo del falso honor sólo se me ocurre preguntar: ¿en qué se diferencia el honor falso del verdadero? ¿acaso en que lleva al suicidio? ¿por qué no decir sencillamente: el honor? El que los celos figure en número tan bajo en esta tierra en que Calderón, el autor de «El mayor monstruo los celos», forjó sus maridos celosos, me aquieta. Y es que los celos hacen que uno mate, pero no que se mate. Y los celos de nuestro teatro clásico son más que celos, pundonor. Esto se ha dicho cien veces al cotejar el celoso calderoniano con el Otello de Shakespeare.

El «Preámbulo» pasa luego a tratar de las influencias sociales, de las demográficas y de las cósmicas o naturales y luego de los medios empleados para atentar contra la vida. Consagraré otra correspondencia a esta parte del estudio.

MIGUEL DE UNAMUNO.

